

# EL BAJO GUADALQUIVIR: DOÑANA Y LAS MARISMAS ANTES DE QUE SE HABLASE DE ECOLOGÍA. MEMORIAS PERSONALES DE LOS AÑOS 50

José Manuel Rubio Recio  
*Profesor Emérito, Universidad de Sevilla*

## RESUMEN

Visión del espacio del bajo Guadalquivir, aguas debajo de Sevilla hasta la desembocadura. Intervenciones y modificaciones medioambientales colonizadoras en las cerca de 200.000 hectáreas de las Marismas del Guadalquivir. Y memorias personales de los primeros años de intervención científica española, que propiciaron la creación del actual Parque Nacional de Doñana.

**Palabras clave:** Doñana, Ecología, actividad científica pionera, conservación, Historia mediado el siglo XX.

**The mouth of the Guadalquivir river: Doñana's marshes before the concept of ecology. Personal memories of the decade of 1950**

## ABSTRACT

The vision of the area of the mouth of the Guadalquivir River, downstream from Seville to its mouth. Conquering interventions and environmental modifications in the 200,000 acres of the marshes of the Guadalquivir River. Personal Memoirs of the first Spanish scientific interventions, which led to the creation of the current Doñana National Park.

**Keywords:** Doñana marshes, ecology, pioneering scientific work, conservation, history of the mid-twentieth century.

## EL MARCO

Pocos Km. aguas abajo de la ciudad de Sevilla, a la altura de Puebla del Río, comienza el verdadero “bajo Guadalquivir” que, a vuelo de pájaro, todavía tienen que recorrer más de 60 Kms. para alcanzar el mar.

Hasta Puebla del Río, por la derecha, le han acompañado los escarpes del glacis que es la comarca del Aljarafe y, por la izquierda, se hunden en la llanura las últimas colinas de la cuesta de los Alcores en la dehesa de la Corchuela. A partir de Puebla, pues, se abre una inmensa llanura, que llega en dirección sur hasta el mar que, hasta la época romana, estuvo ocupada por un lago – el Ligustino – en el que desembocaba el Guadalquivir, así como el Guadamar y los múltiples arroyos que, desde éste último al de La Madre del Rocío, fluyen, por la margen derecha, mientras que por la izquierda lo hacen el Guadaira y el Salado, entre otros de poca entidad. Un cordón de dunas cerraba por el sur dicho lago, que se comunicaba con el mar por una boca,

---

Fecha de recepción: 25 de abril de 2012.

Fecha de aceptación: 9 de julio de 2012.

coincidente con la actual desembocadura del Guadalquivir, frente a Sanlúcar de Barrameda y, según Pomponio Mela, por otra, más al oeste, cuyo resto testimonial pudieran ser las lagunas de Santaolalla y adláteres, situadas a la altura de Torre Carbonera.

La dinámica fluvial del río Guadalquivir y su red afluente, mas los volúmenes de la pluviosidad anual, propiciaban las crecientes y los estiajes del lago, a las que hay que sumar las penetraciones de aguas marinas de origen mareal, cuyas influencias, aun hoy, se dejan sentir hasta la altura de la ciudad de Sevilla. Y es que el Guadalquivir en esa ciudad está a una cota de poco mas de seis metros s.n.m. En esas circunstancias, las mareas son un tapón fluido, pero tapón, de efectos variables y que ejerce su ley según sus ritmos sobre las aguas fluviales y pluviales, que alimentaban al citado lago, facilitando la acumulación o el desagüe del mismo.

Con ese cierre mareal, el lago en cuestión es un lugar al que llegan aguas fluviales mansas con una fina carga sedimentaria que, al desparramarse por él y perder fuerza, depositan buena parte de su masa de sólidos. De esta suerte, los procesos de deposición o sedimentación son mas intensos o voluminosos que los de evacuación, con lo que la cuenca lacustre, lo mismo que después las Marismas, tienden a su relleno, perdiendo capacidad y dimensión superficial siglo a siglo.

La agrarización subsecuente a la destrucción del bosque mediterráneo del valle del Guadalquivir que se inicia con la romanización de la Bética, facilitó, aumentó y aceleró los procesos de arrastre de sedimentos y su acumulación en la llanura lacustre. Durante el, en general, largo estiaje de la baja Andalucía, la llegada de aguas al lago debió ser inferior a la que se evaporaba, mas la que salía al mar, ya por una sola boca. Nuestro lago se semisecaba y en él se iban dibujando cauces de desagüe meandriformes y caprichosamente variables que, con el tiempo, fueron estabilizándose.

Lo que fue lago evolucionó a marisma, sometida a la misma dinámica hídrica, Pero el drenaje de las aguas hacia la desembocadura, que primero diseñó unos cauces de desagüe variables, después, con el tiempo, fueron afirmándose y haciéndose estables. Así, a partir de Puebla del Río y además del cauce principal, hacia la izquierda fluía el “brazo” del este y, hacia la derecha, el de la Torre. El arroyo Guadimar generaba hacia el oeste su propio “brazo” o “caño” y había otros muchos, con intercomunicaciones que daban lugar a los llamados “caños traviesos”. En suma, una compleja red anastomosada de brazos y caños; dendrítica en el resto y manteniendo, incluso, pequeños lagunazos endorréicos, a los que el hombre de la marisma llama “lucios”, que pierden su agua por evaporación.

A partir de ese trazado se fueron diseñando espacios mas o menos diferenciados: en la margen izquierda, Isla Menor y las marismas de Los Palacios, de Lebrija y de Trebujena, y en la derecha, Isla Mayor, Isla Mínima, Marismas de Aznalcazar, de Hinojos, la Marisma Gallega y las del Rocío. En los interfluvios de la red de fluencia, las áreas a las que rara vez llegan a cubrir las aguas en la inundación reciben el nombre de “vetas” Y a ellas las rodean los llamados “paciles”. Y, puntualmente, hay surgencias de agua que reciben el nombre de “ojos”.

Se trata de una microtopografía que juega en altitudes menores de dos metros entre la cumbre de una “veta” y el fondo de un “caño”, que soportan un drenaje lentísimo, con flujos y reflujos, controlados en buena parte por los ritmos mareales. Este fenómeno es mas evidente en la parte meridional de Las Marismas que en su mitad septentrional, por su proximidad a la desembocadura.

Aparte del problema de las inundaciones de origen fluvial, cuya corrección tenía que abordarse con obras a nivel de cuenca, dos razones empujaron a actuar sobre el cauce del Guadalquivir, aguas debajo de la ciudad de Sevilla, realizando “cortas” en los meandros del río:

facilitar la evacuación de los caudales de las crecientes, por un lado, y mejorar las condiciones de navegabilidad entre Sevilla y la desembocadura. Ya en el siglo XVIII se inician obras que han seguido hasta nuestros días. (Vid. para detalle el cap. “La acción del hombre en las Marismas y el estuario” en V.V.A.A. (1.977.)

Sincrónico con el subsiguiente relato de las memorias de quién esto escribe, se produce una actuación generalizada de modificaciones sobre Las Marismas, promovida por el Estado, a través del Ministerio de Agricultura. ( Vid. al respecto, Grande Covián, R. 1956.)

Se trataba, nada menos, que de la polderización de Las Marismas, ganándolas, en principio, para el cultivo del arroz, único posible, mientras los suelos mantuvieran su carácter salino, e ignorando cualquier otro valor de aquel espacio salobre.

Y el resultado de todo ello ¿Cuál ha sido?: El Guadalquivir regulado desde cabecera y, aguas abajo de Sevilla hasta la desembocadura, cortado y conducido buscando la línea recta. El arroyo o río Guadiamar, conducido entre dos diques que, en dirección sur, atravesando Las Marismas, le llevan al cauce del Guadalquivir, dejó de verter al espacio marismeño (Hacia 1990, cuando el conservacionismo empezó a prevalecer se ha tratado de revertir la situación, pero los diques y drenajes que cortan la zona norte de las marismas de Hinojos y Aznalcazar están ahí y esos espacios ya nunca serán lo que fueron). La margen izquierda saneada en su totalidad desde Isla Menor a Trebujena, aunque se recuperase el “brazo” del Este, como espacio protegido, cuando ya el mal estaba hecho. Se polderizaron Isla Mínima e Isla Mayor, pero la plantación de arrozales se realizó solo en la primera y en la mitad norte de la segunda. La porción meridional, incorporada como Preparque de Doñana, ha orientado su aprovechamiento, usando la red de drenaje construida, invirtiendo su régimen de circulación mediante bombeo, para materializar una acuicultura conservacionista, a base de mantener junto a las parcelas de cultivo marino y pesca, láminas de agua, susceptibles de uso por aves acuáticas, silvestres, claro está, y que, de esta suerte, disponen de espacios con agua permanente, incluso durante el periodo de estiaje. En el centro de la marisma, a la altura del límite norte del Parque Nacional, desde los diques de entremuros que conducen al Guadiamar, arranca hacia el oeste otro, hasta el Coto del Rey. Al norte del mismo, las saneadas, drenadas, y ya citadas partes septentrionales de las marismas, de Hinojos y de Aznalcazar, con los restos del cauce del antiguo “caño” del Guadiamar. Y al sur de dicho dique, el Parque con su zona de marismas que, solo si llueve lo suficiente, pueden acumular aceptables niveles de agua, a las que se suman las del arroyo de la Madre del Rocío y las que artificial y puntualmente se bombean del subsuelo.

A esa situación, “fabricada”, tenemos que añadir los efectos del proceso natural de aterramiento que afecta a cualquier espacio marismeño, procedente de los cursos de agua que fluyen hacia él con su carga sedimentaria. Eran, sobre todo, las fuertes vaciantes, subsiguientes a las grandes inundaciones, las encargadas del desalojo de parte de los sedimentos, cosa que hoy es raro que llegue a ocurrir, por el freno de los diques que fundamentalmente solo afectan a los cauces mayores, frenando las de los menores. El proceso de aterramiento se ha acelerado.

En cualquier caso, lo que hoy se aproxima mas a las condiciones “naturales” de Las Marismas del Guadalquivir antiguas, puede ser lo que se halla bajo los límites del Parque Nacional, que no llega a ser ni la sexta parte del la marisma que existió hasta mediado el siglo XX. y cerrada por los diques

Lo que he resaltado como negativo, no pretendo invalide lo que de positivo tienen las actuaciones transformadoras realizadas que, por supuesto, lo tienen. Quizá en su tiempo, el actuar sobre Las Marismas del Guadalquivir no contempló mas que aspectos colonizadores y desarrollistas. No había otros valores que hacer entrar en juego. Aún hoy la pugna entre desa-

rollismo y conservación subsiste en muchas mentes que manejan instituciones de gobierno, que instrumentan actuaciones.

Si en su momento se comenzó protegiendo 6.794 Has. como Reserva Biológica de Doñana en 1.965, que se aumentaron poco después a 10.118; vino a continuación, después, la creación, en 1.969, del Parque Nacional con 50.720 Has. y 26.540 más de zona de protección (Fernandez, J. y Pradas, R. 1.996). Ha habido alguna ampliación más y, con toda lógica, se ha diseñado en años recientes el Parque Natural del Entorno de Doñana, que le añade otras 54.000 Has. Aunque sumásemos esas extensiones no alcanzaríamos la que tenían las Marismas del Guadalquivir en la primera mitad del siglo pasado.

La opción de conservación del espacio marismeño merece una justificación. Si Doñana, como síntesis de lo que merece conservarse, es importante, no se debe, como se supone corresponde a un Parque Nacional, a sus valores paisajísticos, que sí los tiene, pero no son los convencionales: hay que saber buscarlos y verlos. Su importancia se debe a ser una original combinación de medios acuáticos –las marismas– y terrestres, emplazados en un lugar estratégico en la ruta migratoria Europa –África, África– Europa, que le llevan a poseer una riqueza faunística sin parangón en la Europa Occidental y mediterránea y que se conservó relativamente intacta hasta el primer tercio del siglo XX.

Ello fue posible, entre otras circunstancias de menor relieve, a dos que se asocian. Previamente hay que decir que marismas y terrenos próximos eran zonas prácticamente despobladas y aquí se encadenan las causas. La primera es la de ser una zona palúdica que repelía una ocupación permanente. (El paludismo se erradica mediado el siglo pasado). En ella se abandonaba ganado vacuno y caballar a su libre supervivencia y del que en determinados momentos se hacían sacas. Ganado ovino de Sierra Morena trashumaba durante el verano a la marisma en épocas pasadas; y nada más, salvo ocasional caza, pesca o recolección de huevos de acuáticas, realizada por vecinos de los poblados circundantes, que no alcanzaron jurisdicción hasta avanzada la Edad Moderna. La segunda circunstancia es que desde el tiempo de la conquista, el suroeste costero andaluz perteneció a la casa ducal de Medina Sidonia – también duques de Niebla – que, sin necesidad de obtener rentas de aquellos insalubres espacios, los utilizó como lugares de ocasionales cacerías. Con el tiempo, aquella gigantesca propiedad se fue desmembrando (Vid. para un seguimiento Duque, A. 1.977), pero las marismas y su entorno lo hicieron casi siempre en grandes fincas, sin finalidad productiva, salvo los aprovechamientos primitivos y tradicionales, acomodados al funcionalismo natural que, a su vez, los integró en su sistema.

El mapa del Servicio Geográfico del Ejército, escala 1/ 200.000, Hoja 3-11, Huelva, en sus ediciones de 1950 a 1988, dan una idea muy clara de cómo eran Las Marismas del Guadalquivir antes de sufrir las fuertes transformaciones de las décadas siguientes, aunque ya se dibujan en él las zonas polderizadas. Y digamos ahora, una vez más: las Marismas son el corazón y la razón de ser de Doñana como área a conservar.

Esta masa de agua, eso sí, estacional y de volúmenes muy variables de unos años a otros, en contacto con las tierras circundantes, es la que genera un conjunto de ecosistemas, con sus correspondientes ecotonos, que posibilitaban una riqueza de fauna poco usual.

Situación y proximidad a África, con el solo obstáculo del estrecho de Gibraltar, convierten a las Marismas en un lugar, punto de etapa o de destino para innumerables especies de la avifauna migrante del Paleártico que puede utilizarlas no solo como lugar de escala temporal en sus movimientos de primavera u otoño, si no como espacio de invernada o de nidificación. Luego, además, una rica fauna estante, que se beneficia de los distintos ecosistemas circundantes.

Desde mediado el siglo XIX, estos lugares fueron visitados por naturalistas europeos, ingleses sobre todo (Vid. Valverde, J. A. 1.960), mientras que en nuestra patria no existía un clima científico proclive a esos intereses o, quizá mejor, a valorarlos en su justa medida que, ya en aquellos tiempos resultaban excepcionales.

Si tratasen de buscar literatura hispana sobre Doñana o las Marismas se verían decepcionados. Están los relatos de las cacerías regias ofrecidas por los propietarios de estos espacios –Duques de Medina Sidonia–, realizados por autores sin ningún conocimiento científico, más orientados a la descripción de los fastos que, incluso, a la propia actividad cinegética. En un artículo de la Revista Gaditana de 1840, sobre las riquezas faunísticas del Coto de “Oñana”, se fabula y se habla de rebaños de avestruces, bandadas de cuervos que oscurecen el sol y jabalies de una especie venida de América, diferentes de los autóctonos ( ; ). Para encontrar literatura que se aproxime a nuestros intereses tenemos que llegar a 1854, año en el que el padre de los Machado, profesor de la Universidad de Sevilla escriba su “Catálogo de las aves observadas en algunas provincias de Andalucía”, en el que aparece alguna referencia a Doñana. Años después, entre 1886 y 1903, J. M. Pérez Lara publica en los Anales de la Sociedad Española de Historia Natural su “Flórula Gaditana”, que solo marginalmente toca a las Marismas. Más sorprendente resulta que V. Martínez Gámez, en sus “Apuntes Ornitológicos Andaluces y de España en General” – Madrid 1906 – cite vagamente a las especies y, en las Marismas, solo lo hace nombrando a la garza imperial. De los flamencos dice que se instalan en el Guadalquivir, de Sevilla a Sanlúcar. Anota patos reales, cuchara y los dos Tadornas. Curiosamente, a los ánsares los cita solo para la laguna de la Janda y no por observación o conocimiento personal, si no apoyándose en lo escrito por Irby en su libro sobre las aves del Estrecho de Gibraltar.

Nadie entre los españoles del mundo de la ciencia de aquellos tiempos valoró el espacio doñanero, al que solo se le sigue considerando importante coto de caza mayor y aves acuáticas, reservado a sus ricos propietarios y sus relaciones y, de forma implícita, a los furtivos de los poblados periféricos.

La preocupación por la valoración de los espacios desde el punto de vista naturalístico estaba en España aún por llegar. No, en cambio, por el impulso que a sus ideas dieron los regeneracionistas de la segunda mitad del siglo XIX. Eran tecnopolíticos para los que cualquier humedal era un espacio a sanear y a colonizar. Sanear, porque esos espacios eran la fuente de un mal endémico: el paludismo; y colonizar, simplemente por seguir el ejemplo de lo que se estaba haciendo en otros países de Europa, mediante arduas labores de drenaje y/o polderización, para incorporarlos a la producción agrícola.

Ya en 1866 se elaboró, por el organismo equivalente al actual MOPU, un proyecto de desagüe y puesta en cultivo del “Lago de Almonte”, que es parte de las Marismas que corresponden a los municipios del citado pueblo y el de Hinojos, ( Vid. Ojeda Rivera, J.F. 1987 ), al que seguirán otros, favorecidos por la Ley Cambó ya en el siglo XX, pero que, a poco de su inicio, por su carácter especulativo, terminaron en quiebras.

Era la época en la que ornitólogos ingleses visitaban Doñana y Abel Chapman y Walter Buck arrendaban buena parte del coto para cazar, así como también lo hacían en otros lugares de la Península. Les podríamos llamar cazadores científico-naturalistas, que era un estilo de vida de determinados grupos de élite, británicos, vinculados al espíritu colonial de aquel país y sus prácticas comerciales.

Lo que hicieron en el nuestro, y en el Coto de Doñana, queda reflejado primorosamente y con elevado nivel científico en diversas obras, sobre las que destacan dos: Wild Spain y Unexplored

Spain que, en los años de nuestros comienzos ornitológicos, solo conocíamos de referencia y estaban lejos de nuestras posibilidades de adquisición.

Ya hemos hablado de las exigencias previas a la colonización de las Marismas. Sin pensar en ellas, una gran empresa, cuyas acciones llegaron a venderse en la bolsa de París, se embarcó en la colonización de una parte de las Marismas correspondiente al municipio de Puebla del Río, allá por el primer cuarto del siglo XX, llegando incluso a construir un pequeño ferrocarril para el manejo de materiales de obra y de la producción de arroz. (Vid. para más detalles González Arteaga, J. 1989.). La empresa no tardó en quebrar, pero la idea de la colonización quedó sembrada y, a diferentes escalas continuó, pero involucrando al Estado como participante, sobre todo para la realización de las infraestructuras hidráulicas. El autor citado líneas atrás, les puede documentar a través de su obra sobre el tema hasta enlazar con el citado magno programa de colonización de Ricardo Grande Covián (1956.), que será quién se encargue de llevarlo a la práctica, desde el Ministerio de Agricultura y con poderes, durante muchos años, omnívodos. Al poco, fue apoyado por la FAO, que intervino y dispuso de una finca experimental y de control, que hoy, incorporada a Doñana mantiene el centro de interpretación del Parque Nacional, titulado con el nombre de su creador, J. A. Valverde o el que tuvo antes: “Cerrado Garrido”.

En 1951 Bernis y Valverde habían aterrizado en Doñana, mediante el beneplácito de Don Manuel María González Gordon y de su hijo Mauricio, copropietarios de la finca que albergaba el viejo Palacio de Doñana. Pocas personas más en nuestro país que las dos citadas en primer lugar sabían de Ecología.

Pero entre tanto, la colonización había abierto otros frentes transformadores en aquella área, mas en este caso no circunscritos a las Marismas, si no a los espacios que las circundan, considerados improductivos o mal explotados: se trataba de las dunas litorales, los “cotos” de monte mediterráneo, mas las dunas fijas y el manto eólico cubierto de una magra vegetación de leñosas de poco porte. Son terrenos de grandes fincas, desmembradas por sucesivas ventas de la antigua propiedad de los Medina Sidonia y comunales o propios como los de Almonte: Las Marismillas, el Palacio de Doñana, el Coto del Rey o del Lomo del Grullo, el Hato del Ratón y el Hato Blanco. (Vid. Duque, Aquilino. 1977.)

Por cierto, todas esas fincas y más, reunidas, como les he dicho, bajo la sola mano del Ducado de Medina Sidonia fueron enajenadas en sucesivas ventas –y algunas varias veces– desde la segunda mitad del siglo XIX hasta incluso después de 1950, como es el caso de “Las Nuevas”, en pleno corazón de Las Marismas y considerada como la mas rica en avifauna acuática, sin que, por parte del Estado, alguno de los Ministerios, aparentemente interesados en estos espacios, ejerciera, para adquirirlas, el derecho de retracto o de tanteo, que existe en nuestra legislación, cuando sale a la venta una propiedad de más de mil hectáreas. Desde nuestro punto de vista, no hubo ni visión ni lógica desde los sucesivos gobiernos que tuvieron aquellas oportunidades. Aunque en verdad, de lo que carecían era de conocimientos científicos; mal, por otra parte, endémico de nuestra clase política.

Aparte de las cuotas de ganado que vagaba en semilibertad por cotos y marismas, a la casa ducal y sucesivos propietarios tras las ventas ya se les ocurrió ver de sacarle, aparte de la cacería, alguna otra utilidad a los espacios no inundables, y autorizaban rozas a las gentes de los poblados limítrofes. También, en tiempos anteriores, en el siglo XVIII, realizaron plantaciones de *Pinus pinea* sobre las dunas litorales y que, naturalizados, continúan hoy en Las Marismillas y el Palacio de Doñana. Se recolectaba madera, leña, piñas y piñones. Desde la fecha citada tuvieron que pasar muchos años para que se volviera a repoblar con esa especie, aunque el ejemplo allí estaba.

La transformación de la Naturaleza era todavía débil. La densidad de población permanente estaba por debajo de un habitante por Km. cuadrado e incluso las leves transformaciones de origen antrópico favorecieron la biodiversidad, sobre la que se ejercía muy poca presión. Pero la política regeneracionista y después la desarrollista tenían en su punto de mira Doñana, a la que además se la consideraba un exponente de un estamento social denostado. Aparte de los terrenos marismeños estaban dunas y “cotos”, que incitaron a otro sector de la administración del Estado a actuar sobre ellos. Se trataba de los ingenieros de montes, cuerpo que en aquellos tiempos trabajaba exclusivamente para el Estado y tenía que justificarse actuando productivamente. La conservación de la Naturaleza no formaba parte de sus actuaciones. Como dato curioso y un tanto excepcional, en 1890, en la Revista Montes, órgano de expresión del cuerpo de dichos ingenieros, apareció un curioso y documentado artículo sobre la fijación de las dunas litorales del término municipal de Almonte, abogando por la continuidad de la plantación de *Pinus pinea* de la que ya existía una buena muestra. (Vid. Heraso y Pizarro, J. 1890).

Más adelante, las repoblaciones en la zona con *P. pinea* se iniciaron en los comunales de Almonte en los primeros años del siglo XX, ensayando entonces, por primera vez, con eucaliptos, pero, en este caso, solo para sanear terrenos anegadizos de lagunas estacionales. (Vid. Ojeda Rivera, J.F. 1987). Se colonizó así casi la mitad sur del municipio de Almonte, surgiendo pequeños poblados que se consolidaron con el tiempo, en lo que hoy es la mayor parte del Parque Natural del oeste y norte de Doñana. Pero aunque se comenzó en la fecha antedicha, se progresó lentamente y fue, sobre todo, a partir de 1940, de la mano del Patrimonio Forestal de Estado cuando se llega a la situación antes apuntada.

El éxito obtenido alentó a los directivos del P. F. del E., apoyados por la Dirección General de Montes y el Instituto Nacional de Colonización a imponer a los propietarios de fincas del antiguo Doñana, en los comienzos de los años cincuenta, la repoblación de los espacios de monte – los “cotos” – con eucaliptos. La mayoría de los propietarios se resisten, desencadenándose una pugna, cuyas primeras batallas pierden y las repoblaciones avanzan, comenzando por el oeste, a partir de la marisma del Rocío.

El forcejeo continuó, al mismo tiempo que la repoblación, pero los propietarios del Palacio de Doñana consiguieron que partes de la repoblación se hiciera con *Pinus pinea*. El dilema simplificado era: eucaliptos, crecimiento y cosecha de madera rápidos, frente a pino, de mas lento desarrollo y, por lo tanto, de menor rentabilidad. No entraba en juego el que uno fuera una especie foránea y el otro autóctona. La Economía y el productivismo eran lo que primaba y la Ecología y la conservación de la Naturaleza, dos, entonces, desconocidos e ignorados saberes para los que actuaban en éstos espacios y en los marismeños.

## MEMORIAS PERSONALES DE LOS AÑOS 50

Fue en aquellos años –1951– cuando llegaron a Doñana Bernis y Valverde que, sin suerte para enlazar con los propietarios de Las Marismillas, que les negaron el paso y la visita, sí la tuvieron con los González-Gordon, copropietarios con el Marqués del Mérito y Salvador Noguera del Palacio de Doñana, finca a la que se consideraba como la genuina Doñana. El Marqués del Mérito era a su vez propietario de Las Nuevas y Salvador Noguera del Coto del Rey.

De la relación con Mauricio González Gordon surgieron dos acontecimientos trascendentales: las campañas de anillamiento de ardidos, pioneras para España y la creación y fundación de la Sociedad Española de Ornitología. Además, estaba la preocupación por el futuro de Doñana y

su cambio de fisonomía y carácter con la progresión de las repoblaciones. Cómo detener las de eucaliptos, sobre todo, parecía lo fundamental.

Bernis y Tono, en aquella su primera visita, dieron con las colonias de garzas, que entonces se hallaban en la zona de “La Algaida”, en su mayoría sobre brezales y en algunos alcornoques. Estimaron que los efectivos poblacionales de las colonias podían estar alrededor de las 30.000 o 40.000 parejas, entre espulgabueyes, garcetas, martinets y las menos numerosas garcillas cangrejeras.

La posibilidad de anillamiento era, a primera vista, evidente, pero el cómo era una cuestión, por entonces, sin contestación.

Desde hacía años yo era contertulio de Tono Valverde en nuestro Valladolid natal. Tono se hallaba recluido en su casa, la mayor parte del tiempo en la cama, con una dura enfermedad de no fácil cura. Desde niño había sentido un atractivo superlativo por la fauna y ya entonces no es para descrito la literatura científica sobre esos temas que tenía más que asimilada. Las bibliotecas de nuestra ciudad se le habían quedado pequeñas. Yo era aficionado al campo y a la caza, impulsado por un abuelo médico que, en nuestras excursiones sistemáticas de fin de semana, me enseñaba a observar y a identificar, aunque en lenguaje vulgar, plantas y animales. En el colegio encontré compañeros con aficiones parecidas y las salidas campestres empezaron a ser con ellos. Uno resultó ser hermano de Tono y gracias a eso comenzó mi relación con él. Desde aquellas primeras salidas, nuestra obligación tras el fin de semana era llevarle cualquier clase de captura zoológica y someternos a sus preguntas. Luego, a diario, después de las clases, yo aterrizaba en su casa, llena de bohemia y, aparte de jugar al mus con él, me asombraba viéndole disecar, o analizar contenidos estomacales –Ecología pura y dura– de cualquier bicho, o dibujar animales en la posición que adoptasen al dejarlos caer, o actuando de interlocutor para unos conocimientos que yo unía a los geográficos de mis estudios en la Facultad de Letras, en los que se huía de lo biológico.

Al cabo de algunos años y diversas vicisitudes en la enfermedad de Tono, que pasó algún tiempo en un sanatorio, no habíamos perdido la relación, que se reinició cuando le devolvieron del sanatorio, poco menos de desahuciado, diciéndole que su límite de vida estaría en los treinta años. Yo había terminado mi carrera y estaba embarcado en la realización de la Tesis Doctoral, de Geografía Regional, en la que quería que apareciese la Biogeografía. Con tal motivo hizo conmigo unas semanas de campo en la Ribera del Órbigo, lugar de mi Tesis, en la provincia de León. Si bien yo me beneficié de todo lo que él veía y de las cuestiones que se planteaba, él, con sus dotes de percepción, viendo volar unos aparentemente grajos, intuyó que aquello no cuadraba con lo que se sabía. Para afirmarse me hizo matar algún ejemplar, que corroboró lo que suponía. Preguntó y preguntó hasta que las contestaciones le llevaron a encontrar las primeras colonias de grajas, que no grajos, –*Corvus frugilegus*–, que se registraban en España, como punto más meridional de su nidificación en Europa. La Revista *Nos Oiseaux*, de la que ya era corresponsal para España, publicó el descubrimiento. Pero retornemos a la inquietud por Doñana.

Él sabía, –y ¿Qué era lo que él no supiera entonces, con relación a la fauna de España?– que en San Sebastián existía un Museo de Ciencias Naturales, el de San Telmo y, anejo a él, la Sociedad de Ciencias Naturales Aranzadí que, ocasionalmente, anillaba palomas torcaces en los pasos pirenaicos de Echalar. ¿Por qué no pedirles colaboración?. Y como yo era entonces profesor Ayudante en la Cátedra de Geografía de la Facultad de Letras, para dar seriedad académica a nuestra petición, utilizamos papel oficial y, tras contarles nuestro proyecto, pedimos ayuda económica para el viaje y, naturalmente, anillas.



Ante nuestra sorpresa, la cosa funcionó, quizá porque dijimos que llevaríamos de jefe a Francisco Bernis, entonces catedrático de Ciencias Naturales en el Instituto de Enseñanza Media de Lugo, como único científico hispano interesado en aves. Le transmitimos la buena nueva, así como a Mauricio González Gordon, al que le solicitamos alojamiento y manutención en el Palacio de Doñana, cosa a la que, con una generosidad que se manifestaría en sucesivos años, accedió.

Creo que en algún sitio se habrá dejado constancia de lo que la actitud de la familia González Gordon, personalizada sobre todo en Mauricio, ha supuesto para la conservación de Doñana, pero a mi me place hacerlo en este momento en el que rememoro tiempos pasados. Sin su actitud personal, su desinteresada ayuda y su colaboración, la historia de Doñana y las Marismas del Guadalquivir hubiera sido otra. El dio pie a que ocurrieran muchas de las cosas que les estoy relatando. Cosas que se unen a otras muchas y a las virtudes o valores de otros aquí citados, así como quienes no aparecen, pero que han puesto sillares a la construcción del Parque Nacional de Doñana, que comenzó siendo lo que pensamos era su vocación: Estación y Reserva Biológica de Doñana. ¿Qué hubiera pasado si la familia González hubiera también negado el acceso a Bernis y a Tono?. Son preguntas sin contestación posible, pero que merece la pena plantear. Simplemente la historia hubiera sido otra. Haber propiciado la causalidad –causalidad mecanicista, al decir de Don Julio Caro Baroja– causalidad de lo que fué, y después ocurrió, es un mérito a reconocer.

Es evidente que los motores fueron Tono Valverde y Paco Bernis sobre los que hay abundantes referencias escritas que me eximen hablar aquí de ellos, pero no de dejar de citarlos expresamente como los que, cada uno con su personalidad, fueron protagonistas y tiraron del carro.

Tono me involucró en la expedición, entre otros motivos, porque sabía que, aparte de colaborar como anillador, cosa en la que los tres éramos novicios totales, el abastecimiento de proteínas, por indicación de Mauricio, iba a depender de mi escopeta, al igual que la obtención de cualquier espécimen de fauna que se les antojase a “ los jefes “.

Así comenzaba el que Doñana se viese con otros ojos, porque lo que hiciéramos se publicaría. Por otra parte, Mauricio, Bernis y Tono habían contactado con algunos de los escasos aficionados a cuestiones faunísticas –principalmente de aves–, como eran Federico Travé, de Cataluña; Pedro Weickert, de Huelva; Ramón Saenz Royuela, de Burgos y primo de Tono; Pedro Diez Ponce de León, pariente de Mauricio; mientras que Bernis, en Madrid, lo hacía con los colaboradores vinculados al Museo de Ciencias Naturales.

En aquella primera expedición de anillamiento, los tres promotores fijaron la fecha de la fundación de la S.E.O. –1954– de la que ya se ha celebrado el cincuentenario, pero retornemos al 52. La Sociedad Aranzadi y el Museo de San Telmo de San Sebastián cumplieron y llegó el dinero para el viaje y un gran paquete con anillas. Se habían pedido varios tipos de distintas medidas o calibres, con sus numeraciones correlativas y la identificación pertinente para su reenvío, tras la posible captura. Por cuestiones de tiempo llegaron en un paquete único, subdividido por tamaños, pero sin colocación o ensartado por números. Y aquí nos tienen Vds. en el viaje Madrid-Jerez, que se llevaba sus buenas doce horas, dedicándonos a su colocación ordenada en cinturones de alambre, por centenas, para su uso en el campo.

Al mismo tiempo, Bernis y Tono elucubraban –y empleo la palabra con plena conciencia–, sobre el cómo anillar porque, salvo el cómo colocar la anilla a la pata del pájaro y hacer las oportunas anotaciones, nadie tenía idea de cómo íbamos a hacernos con los pájaros, tanto de los alcornos como en los brezales. Luego, a mí, como ornitólogo novato me aleccionaron sobre la identificación y diferenciación de los pollos de espulgabueyes y garcillas que, de jóvenes, se prestan a confusión; mientras que martinets y cangrejas no planteaban ningún problema.

Ya en Doñana, con Mauricio y algún guarda, expectante y socarrón, pero siempre cortés, llegamos a la Algaida y la realidad que se nos vino encima no había sido apreciada ni con mucho. Nuestra primera atención se dirigió hacia los alcornoques. Acceder a los nidos por el tronco y las ramas no era empresa factible. Los pollos, cuando son pequeños, están aplastados en el fondo del nido y prácticamente inmóviles, pero en cuanto empiezan a emplumar, ante cualquier alarma o proximidad, escapan ramas adelante como equilibristas consumados. A alguien, –no puedo precisar quien– se le había ocurrido el empleo de unas pértigas, con un lazo terminal, para tratar de enlazar a los pollos en el nido o sus cercanías. El fracaso de la idea se materializó de inmediato: con pértiga corta y manejable no llegábamos a los nidos; y con pértiga larga, la inmanejabilidad de la misma era absoluta y el acceso a los centros de los nidos, en los que se hallaban los pájaros, o capturar a los que se movían, irrealizable. Visiblemente humillados abandonamos el experimento. Anillar siquiera un solo pollo en los alcornoques era, con nuestras capacidades, algo totalmente inviable porque, además, si capturábamos alguno y lo bajábamos, el como devolverlo a su lugar era otra hazaña que mejor no imaginar. La problemática que se entreveía era aún mas compleja que lo descrito y no tienen Vds. si no pensar en por donde enlazar al pájaro y los riesgos del manejo en la punta de una pértiga de algún que otro metro .. Sin comentarios.

Mirando a otro lado, las masas coloniales del brezal eran algo intimidante. Eran unas manchas muy densas de Erica arbórea, con orlas discontinuas de zarzales y de no fácil penetrabilidad. Si intentabas una aproximación directa, aparte de que los adultos saliesen volando, abandonando los nidos, las crías un poco crecidas salían de los nidos, caminando por encima de los brezos, mientras que uno quedaba detenido por la masa inextricable de los mismos. Habíamos llegado en un momento de la crianza en el que más de un cincuenta por ciento de las polladas estaban bastante crecidas y abandonaban los nidos sin problema. Eran minoría las polladas que todavía tenían incapacidad para gatear fuera de donde estaban echados y aquellos fueron los primeros protagonistas del anillado. Pero, conformándonos con eso, lograr un anillado masivo, que era nuestro objetivo, resultaba un imposible.

Nos habíamos encontrado con la realidad de que la secuencia de las puestas de las garzas se extiende en el tiempo y el anillamiento en la quincena que se eligió, tropezaba con la situación descrita. No quedaba si no asumirla y actuar en consecuencia en años subsiguientes. El lector deberá darse cuenta de que se trataba de una experiencia pionera, nueva, sin nada por detrás en lo que pudiéramos habernos apoyado. Era puro ensayo y error, para vislumbrar un sistema o método que sirviera para el futuro.

Todo eran sorpresas y novedades. Y, por supuesto, se suscitaban multitud de incógnitas y situaciones mas o menos sorprendentes, que archivábamos como problemas para tratar, en otro momento, de buscarlas explicación. Más adelante les plantearé algunas, pero ahora sigamos con los aconteceres de aquel anillamiento primerizo.

Ante la movilidad de los pájaros semivolantones que, aparentemente, recuperaban sus lugares en el brezal, en cuanto los anilladores nos retirábamos, optamos por organizar entre los cuatro que anillábamos y algún guarda, pequeñas batidas de ojeo, en las que algunos penetrábamos malamente en el brezal y otros esperaban mas o menos camuflados enfrente, en espacios de no mas de 50 o 100 metros cuadrados. Los que esperaban, intentaban atrapar los pollos que escapaban y, de esa manera, conseguíamos reunir entre dos y tres docenas cada vez y, tras de anillarlos y hacer las anotaciones oportunas, eran devueltos al brezal.

Así empezó a funcionar la cosa. Luego, los encargados del ojeo no habían dejado de ver nidadas con pollos pequeños e inmóviles a los que se anillaba a continuación. En este segundo

caso hubo que acostumbrarse a las respuestas de los pollos ante la aproximación de las manos del anillador. Primero, picotazos a discreción, con la puntería que caracteriza a las garzas en general y, después, con el picotazo subsiguiente, la regurgitación y vomitera de los alimentos semidigeridos, que proyectaban hacia las manos. Si el nido estaba alto y actuabas, lógicamente, desde abajo, padecías el “envío” donde tocase. Cómo terminabas al final de la jornada no es para descrito.

Para Bernis, pero sobre todo para Tono, aquel proceder tenía la vertiente de su análisis científico. Tono no tenía que trabajar sobre animales muertos para ver los contenidos estomacales; se los brindaban en fresco y, así, tras de anillar una pollada joven, procedía a analizar lo regurgitado con la minuciosidad posible de las circunstancias y nos pedía que tomásemos notas: aquí dominan los *Carasius*, después las *Gambusias*, algún saltamontes y un largo etc.

En los bordes de las colonias del brezal, sobre algún acebuche o alcornoque joven, había instalados grupos de pájaros inmaduros de martinete que nos intrigaron, en cuanto por qué no han llegado a adultos, cuando otros del año anterior sí habían madurado. Por otro lado, ¿Cual era su papel allí? Aparentaban algo postizo, cuyo comportamiento no participativo en o con la colonia no sabíamos a que respondía.

Otra incógnita estaba en relación con el comportamiento colonial de los pollos de garcilla y espulgabueyes. En cuanto abandonan el nido sin aún volar. Se mueven en masa sobre el brezal, sin orden aparente, mezclándose una especie con la otra de forma indiscriminada. La pregunta fue: después del disturbio que provocábamos, cómo reciben el alimento de sus progenitores. Persiste la alimentación, digamos, personalizada o, a partir de cierta edad viven en república. En dos repúblicas; la de las garcillas y la de los espulgabueyes, pues quiero imaginar que los pollos de cada especie sí diferencien a los progenitores de una y otra. Alejado de estos temas no se si se han llegado a precisar estos extremos, pero a nosotros nos intrigó y, como anilladores, nos preocupaba cuando movíamos a los pájaros, ya que, de alguna manera, éramos conscientes de que desarticulábamos o distorsionábamos la organización colonial que hubiera.

Los pollancos de martinete no parecía que estuviesen tan involucrados en aquellas movidas, pues no participan del gregarismo de las otras dos garzas y su vinculación al nido nos parecía mayor. Y con las garcillas cangrejeras esa problemática se nos aclaró pronto. Las parejas de esa especie anidaban en los inextricables zarzales de algunos bordes del brezal. Próximas a las otras especies, pero nunca mas de una pareja por masa de zarzas. Eran prolíficas, con una media de seis pollos por nidada que, desde muy pequeños se movían con toda soltura en el zarzal, fuera del nido. Aunque diminutas, era dificultoso capturarlas, pues tu metías la mano y el brazo, zarza adelante, incluso empujando con el cuerpo, mientras la cría, con aparente torpeza, se alejaba de ti. Creías poderla alcanzar con el siguiente empujón, pero siempre estaba a un palmo de tu mano, sin que tu pudieras avanzar una sola pulgada más. Conseguías anillar alguno, que no daba con buen camino de huida, mientras los demás se dispersaban por el zarzal. Abandonabas la pelea y te ibas para retornar al cabo de un rato, y allí estaban todos, apiñados entorno al nido. Para estas parejas de cangrejeras, la distorsión que provocaba el anillador nunca nos pareció problemática, mientras que las que se producían en garcillas y espulgabueyes siempre nos dejaron incómodos.

Luego, los porcentajes de recuperaciones de anillas no parece que indicasen que el trastorno del anillamiento se manifestase de forma evidente y sí, en cambio, en las cangrejeras, anilladas sin distorsión aparente, pero en mucho menor número y con un carácter individualista y esquivo, que no da facilidad de captura, y cuyas recuperaciones han sido mínimas. Es indudable que tanto el número, como el gregarismo y la familiaridad con las actividades ganaderas humanas, facilita

que se capturen mas ejemplares y haya mas recuperaciones de anillas en las dos garzas citadas y menos en las cangrejeras. Pero ello no pasa de hipótesis.

El final de la estancia en Doñana aquel año, se continuó, por sorpresa, con un viaje al entonces Protectorado Español de Marruecos. Tono y yo, al mismo tiempo que al Museo de San Telmo de San Sebastián, habíamos escrito al Alto Comisario de España en Marruecos, solicitando una ayuda para viajar al valle del río Lucus, en busca de unas colonias de garzas, descritas por un inglés en los años 20 y ver las de gorrión moruno, que eran una plaga para los arrozales de la zona. Al comunicarnos que nos concedían la subvención, –comunicación que nos llegó desde Valladolid, al salir de Doñana– le dijimos a Bernis que nos acompañara y se animó a hacerlo, aunque al término del viaje, que duró otros quince días, nos dijera que le habíamos sometido a un ritmo agotador que, sumado al del anillamiento le hizo renunciar a repetirlo. En Marruecos se cumplieron todos los objetivos y más, pero eso es otra historia.

En Doñana se había comenzado el ciclo de anillado que podríamos llamar de Aranzadi, que se continuó al año siguiente, con la S.E.O. ya fundada. Al anillamiento de ese segundo año se unieron Pedro Weikert y Perico Diez Ponce de León. Tono y yo seguíamos de fijos y Mauricio de forma ocasional.

Las pajarreras de La Algaida seguían igual, aunque se presentía que la presencia de tantas aves, sobre la masa de Erica arborea y, sobre todo, el efecto de las deyecciones, acabaría por inutilizar al brezal por aplastamiento y muerte, como así fue ocurriendo, con el paso de los años, hasta desaparecer de aquel lugar.

En nuestras observaciones se apreció que las pajarreras eran sobrevoladas por algunas grajillas, que aprovechaban los descuidos de algún progenitor para picotear en los nidos con huevos o con pollos pequeños. También algún milano merodeaba ocasionalmente el brezal, aunque lo hacían más en los alcornoques, donde anidaban en vecindad con las garzas.

Lo que ocurría en los alcornoques era un cúmulo de hechos que, si bien hoy están incluso reproducidos en un magnífico póster, entonces fue una fuente de sorpresas. Me explico: los alcornoques resultaban ser como una casa de vecinos, pero con muchos mas inquilinos de los que a primera vista se detectaban; a las garzas de tamaño mediano se unían, en las partes altas, cigüeñas y garzas reales, y en años posteriores las espátulas; pero también había nidos de milanos y grajillas, sin aparente trastorno para las consideradas como posibles presas.

Por otro lado, la mata del brezal de la pajarrera estaba surcada por una red de túneles, forzados por los jabalíes, en los que capturaban pájaros que cayeran de los nidos en sus incipientes correrías. En ocasiones usábamos esos túneles para adentrarnos en las colonias y como, a veces, no tenían salida clara, pues terminaban en acostaderos, mas de una vez pensamos en el aprieto y el susto mutuo que se produciría si algún guarro hubiera estado sesteando allí y, ante el ruido del invasor, arrease en nuestra dirección.

En aquel segundo año, Antonio Chico, entonces guarda en el cuartel de Santa Olalla, comunicó que las garzas imperiales se habían instalado en una mancha de enea que había en la orilla sureste de la laguna y estaban en buen momento para el anillamiento. Había entorno a las cincuenta parejas y una mañana allí aparecimos.

Anillar con el agua por la cintura, sin saber como era el fondo al paso siguiente, no resultaba muy atractivo pero, como compensación, los pájaros eran pequeños y se mostraban dóciles a la manipulación y anillado, con lo que el disturbio fue mínimo y en media mañana habíamos dado fin al tema.

Ese segundo año, también, tenían localizados dos nidos de águila imperial y en uno de ellos pudimos anillar un pollo casi volantón, que se mostró noble ante el manejo. Fue el primer anillamiento de esta especie.

Una madrugada y de nuevo Antonio Chico, al que se le había encargado poner un cepo al linco, avisó que había uno cogido. Tenía atrapada y herida una pata delantera. Se le fotografió y Tono se embarcó en echarle mano y meterle en un saco. Y ya en el Palacio se le desinfectó la herida y se le entablilló la pata, procediendo a soltarle en una habitación oscura. A las pocas horas había muerto, sin que en aquel momento supiéramos la explicación. Javier Hidalgo me aclaró que la causa tuvo que ser simplemente el estrés.

Sin haber aparecido la mixomatosis y plagas posteriores, a las generaciones de naturalistas que nos han seguido no les será fácil imaginar la abundancia de conejos que había en aquellos tiempos y, sobre todo, los que se acumulaban en “La Vera”, en la que siempre hay jugoso pasto. El hijo del guarda Juan Robles –Manolillo– me acompañaba en los atardeceres a por la provisión de conejos para nuestra comida. Y para él resultaba inconcebible que yo cazase a salto, tirando a la carrera y, a su juicio, desperdiciando munición, ya que lo lógico, para él, era sentarse silenciosamente cerca de un vivar y esperar a que dos, tres o más conejos se pusieran en disposición; cosa que tuve que practicar a sus instancias en alguna ocasión, en sitios que él conocía y con el éxito previsto, a pesar de que el arma que yo usaba era un simple 24.

Con dicha arma, un día que fuimos al Charco del Toro, para tratar de ver focha cornuda, se habló de matar algún pato real para comer y Antonio Chico dijo que si no había más que aquella “escopetita”. Y como efectivamente así era, con tono resignado me dijo: Vd. colóquese tras aquellas jaras, dando un rodeo, y espere a que yo de la vuelta a la laguna. Así lo hice y, al poco, Antonio levantó hacia mí tres azulones a los que dejé cumplir, para que no cayesen al agua, y me quedé con dos. Regresé donde los demás copeaban y cuando Antonio Chico volvió dijo: ¡Caray con la “escopetita”!

Los recorridos por la marisma en un “cajón” y atravesar los cordones de dunas con sus “corrales”, desde Santa Olalla hasta Torre Carbonera, para ver si seguía anidando el halcón en ella, constituyeron experiencias inolvidables, aunque hayan pasado muchos años. En ese segundo recorrido, íbamos en completo silencio cuando, atravesando un “corral”, de una manchita de pocos metros cuadrados y a muy poca distancia de nosotros, se nos arrancó un ciervo con un estrépito que nos dejó sobrecogidos. Luego, en alguna otra ocasión, aquello se convirtió en un suceso normal. Su huida terminaba pronto y, deteniéndose, se paraba a mirar a los intrusos. Tenías la sensación de que estabas pisando tierra poco hollada y que, efectivamente, eras un intruso.

Tampoco se alejaban excesivamente, y no levantaban el vuelo hasta que te ibas directamente a ellos, los miles de anátidas y limícolas que, en uno de los años de pocas aguas se habían concentrado en Santa Olalla. Cerca de ese lugar, yendo con Pedro Weickert, en las proximidades de unas praderías cercadas, se nos levantó una cierva con un cervatillo que, al correr, no vio la cerca de alambre y, tropezando con ella, cayó atontado. Le recogimos, manteniéndose la madre muy cerca. La cría no tenía herida y se fue tranquilizando hasta que lo pasamos al otro lado de la cerca pero lejos de ella. Lo mantuvimos echado durante un rato y nos apartamos lentamente. Al poco, vimos de lejos como la madre se acercaba a él y caminaron juntos sin más.

Los gamos son aún más familiares –y lo siguen siendo– y no es raro que algunas crías se conviertan en huéspedes temporales del Palacio.

Creo que fue en el otoño de aquel segundo año de anillamiento cuando se nos invitó a ir a San Sebastián, para conocernos personalmente y que diéramos alguna charla en el Museo de San Telmo. Y allí surgieron cuestiones que ni se nos habían pasado por la cabeza. En cualquier

caso, de lo que se trataba era de potenciar actividades de la Sociedad de Ciencias Naturales de Aranzadi y hacer difusión y publicidad. Planteada así la cosa, a Tono que, sobre la marcha, se le ocurrían cosas originales, se le vino a la mente proponer que él conocía a un joven que practicaba la cetrería y tenía adiestradas a varias aves en su residencia de Briviesca y que por qué no traerle y que diese una exhibición. Se trataba de Félix Rodríguez de la Fuente, desconocido en aquellos momentos, estudiante de medicina en Valladolid y que, de la mano de Tono, había aprendido y leído a todos los clásicos de ese tipo de caza.

A las jerarquías de Aranzadi allí presentes les pareció una magnífica idea. Siempre nos pareció asombroso el que los planteamientos de Tono, por sorprendentes y arriesgados que parecieran, fueran asumidos por sus interlocutores, entre los que nos encontrábamos sus propios amigos y, sin más, nos veíamos involucrados en las, aparentemente, mayores locuras que no sabíamos como podrían terminar.

Se llamó a Félix, que se mostró dispuesto a lo que sería su primera salida oficial a la escena pública y al día siguiente se nos presentó con un halcón, –creo que de nombre “Tundra”–, un espléndido azor y un águila perdicera, con los que se paseaba en triunfo por cualquier lugar. La realidad es que vivía en comunidad con aquellos pájaros. Y lo que se planeó fue nada menos que montar la exhibición en el hipódromo de Lasarte.

Entre tanto, habíamos dado nuestras charlas y nos pidieron que si podíamos catalogar y ordenar una colección de pieles de pájaros que tenían amontonadas en un trastero. Dijimos que bueno y nos llevaron a una habitación en la que había un volumen como de dos metros cúbicos de pieles de pájaros, en no muy mal estado y con alguna que otra etiqueta. A Tono y a mi se nos habían unido Pedro Weickert y Perico Diez Ponce de León. Y mientras Tono se dedicaba a cuestiones de otros niveles, nosotros tres, durante dos tardes enteras, nos enfrentamos con aquel maremagnum de pieles.

Luego, con bastante afluencia de público, se celebró la exhibición de Félix, con incidentes de todo tipo. El azor, como ave de “bajo vuelo”, se comportó con eficacia y acierto en sus lances sobre conejos, salvo de uno, al que no vio salir y que corrió hacia la tribuna con espectadores que, como “pájaros” de presa, fracasaron en sus intentos de captura. El águila perdicera no se consiguió que se arrancase desde el puño. Y el halcón, tras un primer lance con captura, al soltarle una segunda paloma, que salió brava, tratando de ganarle altura, no consiguió la suficiente para el picado y, se alejó tanto que, sin terminar el lance, no volvió al señuelo. Aquello se convirtió en noticia de prensa, con la suerte de que al cabo de unos días, localizado el halcón y avisado Félix, vino dócilmente a la mano.

En el Museo, Félix dio una conferencia sobre cetrería, con la maestría que luego se haría consustancial con su persona y, al final, se produjo una situación sorprendente y que yo he relatado, como testigo presencial, más de una vez. Me perdonarán que la repita. Tras los cerrados aplausos, Félix inquirió si alguien deseaba preguntar algo y tras unos segundos de silencio, un señor –para nosotros muy mayor y con aparente autoridad–, desde las primeras filas, levantó la mano y dijo: no queremos preguntarle nada pero ¡ Por favor ¡ sí queremos que siga hablando. Y Félix, sin inmutarse y como lo mas natural del mundo, la emprendió con pormenores del arte de la cetrería, no tocados antes, remedando con singular maestría el lenguaje de los libros medievales dedicados al tema, diferenciándonos la altanería o cetrería de alto vuelo, como la más noble, frente a la de bajo vuelo, que persigue la obtención de presas para comer, siendo el azor el que mejor se adecua a ello. Y cuando algún individuo de esa especie destacaba, se le llamaba “cazuelero”, en razón de que llenaba la cazuela.

Bien, me he ido de Doñana, pero como antes califique a estos años de relación con el Coto, los del ciclo de Aranzadi, creo que merecía la pena contarles como fue nuestro primer contacto personal con dicha institución que, durante años recibió y canalizó, con las oportunas publicaciones, las recuperaciones de las anillas que llevaban su nombre. Es de ley que se reconozca el mérito de las personas que propiciaron que aquella iniciativa de Tono Valverde cristalizase y fuera un primer e importante paso para defender la conservación de Doñana. Nos consta que los primeros miles de anillas que recibimos, con su nombre y número, fueron troqueladas a mano por un miembro de la institución, cuyo apellido creo que era Aizpuru. Aunque tratamos de que viniese a Doñana, su trabajo profesional no se lo permitió. No creo que en ningún momento se le haya reconocido su esfuerzo personal, hecho sin compensación alguna. Cuando Tono y yo lo supimos, nos pareció asombroso. Me agrada poder dar este testimonio, al mismo tiempo que se me ocurre una pregunta: ¿Haría alguien hoy día – biólogo o no biólogo, conservacionista o ecologista –, un trabajo similar, por amor al arte?.

Tono y yo, en aquellos tiempos no éramos nadie; Bernis, un catedrático de bachillerato de Lugo; Doñana y Las Marismas del Guadalquivir, ¿ Que podían significar para unos habitantes del norte de España ¿ Pues nada. El proyecto que recibieron aparentaba quimera. No aportábamos experiencia alguna. Nunca sabremos lo que les hizo apostar por nosotros. Y creo que es justo que yo, desde estas líneas, aunque a mucha distancia en el tiempo y en el espacio, en nombre de los involucrados, de los que Tono, Bernis, P. Weikert y P. Diez Ponce de León ya se nos han ido, y de lo que aquel inicio ha supuesto, de las gracias. Muchas cosas, sin aquel apoyo no hubieran sido como fueron y son. Otra vez, ¡Gracias!.

A la hora de montar la tercera campaña de anillamiento en Doñana, a Tono le coincidían las fechas con las de una estancia, que le había concedido la Dirección General de Marruecos y Colonias, para pasar varios meses en el entonces Sahara Español, y me encargó a mi de organizarla y llevarla a término.

En el grupo que iría, quisimos contar con alguien de Aranzadi y nos propusieron a J. Muñerza; también con algún miembro del grupo catalán de la S.E.O. y se nos unió S. Maluquer; Tono convenció a su primo Ramon Saenz Royuela, que se animó; repitió Pedro Weikert, pero no Perico Diez.

Todo se desarrolló como en años anteriores y la experiencia facilitaba las cosas. Pudimos volver a anillar pollos de águila imperial, con el detalle que se ve en la foto, del bulto o quiste que los dos pollos que anillamos, de nidos distintos, tenían en la parte inferior del arranque del cuello, bajo el pico y que desconozco si se ha vuelto a ver. En Torre Carbonera no avistamos al halcón. En las pajareras, el anillamiento se desarrolló con normalidad, aunque ya se empezaba a detectar el aplastamiento del brezal.

En aquella época ni se soñaba con unas instalaciones turísticas como las de hoy. Al Rocío se llegaba por caminos carretales y por eso el “camino” que se hace en la actualidad es con carretas de bueyes, intentando recordar el pasado. Del Rocío a Torre la Higuera había una simple trocha. Y el veraneo tradicional, en la playa de Matalascañas se montaba a base de un épico viaje, también en carreta, para vivir en la playa, en unas simples chozas de caña, bayunco y brezo, con alguna tabla, y que había que rehacer todos los años.

Es a finales de los sesenta, al crearse la Reserva Biológica de Doñana, cuando se iniciaron los trámites de deslinde del espacio que hoy ocupa Matalascañas, con fines de su aprovechamiento turístico.

Al terminar de anillar aquel año y retornar a Jerez, Mauricio nos atendió en la bodega, sometiéndonos a la prueba de ver quién de nosotros identificaba mayor número de especies de

pájaros a través de sus cantos, grabados en un disco fonográfico. Ramón Saénz Royuela nos aventajó con diferencia.

Las primeras recuperaciones de anillas empezaban a llegar. Lo iniciado dos años antes comenzaba a dar sus frutos. En otro frente, y por una carta redactada por F. Bernis, abogando por la no transformación de Doñana con repoblaciones, y enviada al Caudillo Francisco Franco por Don Manuel María González Gordon, padre de Mauricio, el Patrimonio Forestal dejó de actuar en el espacio doñanero.

Pero la lucha entre desarrollo y conservación; conservación que se iniciaba, perduró bastantes décadas todavía, hasta que en los años 80-90 la segunda empezó a ganar la partida, pero teniendo que soportar la presión del desarrollo turístico de Matalascañas; o de la masificación del Rocío; o la de la implantación de una agricultura intensiva y agresiva contra el medio ambiente, con el llamado Plan Almonte Marismas.

Tras de aquellos años de pionerismo, que no se cerraron en el tercer anillamiento que les he reseñado, hablar de Ecología se fue convirtiendo en moneda de cambio. Que lo hubiéramos hecho en los años cincuenta, frente a las fuerzas gubernamentales o administrativas, fue como predicar en el desierto. Pero, sin que fuéramos los únicos en hacerlo, la semilla prendió y la realidad actual, con su grado de éxito y sus limitaciones, no deja de ser una muestra del acierto de lo que nosotros creímos y desde nuestra labor, como profesor, enseñamos desde entonces.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- CHAPMAN, A. y BUCK, W. J. (1963): *España agreste*. Prensa Española. Madrid.
- CHAPMAN, A. y BUCK, W. J. (1989): *España inexplorada*. Consejería de Obras Públicas y Transportes. Sevilla.
- DUQUE, A. (1977): *El mito de Doñana*. Ministerio de Educación. Madrid.
- FERNÁNDEZ, J. y PRADAS, R. (1996): *Los Parques Nacionales Españoles. (Una aproximación histórica)*. Organismo Autónomo Parques Nacionales. Madrid.
- GONZÁLEZ ARTEAGA, J. (1989): *Las Marismas del Guadalquivir; etapas de un aprovechamiento económico*. Cuevas. Coria del Río. Sevilla.
- GRANDE COVIÁN, R. (1956): *Los suelos salinos. Su rescate y aplicación a las Marismas del Guadalquivir*. Ministerio de Agricultura. Madrid.
- HERASO Y PIZZARRO, J. (1890): "Estudio sobre la fijación de las dunas situadas en el término municipal de Almonte, en la provincia de Huelva". *Revista de Montes*. Año XIV, nº 322-331.
- OJEDA RIVERA, J.F. (1987): *Organización del territorio en Doñana y su entorno próximo (Almonte). Siglos XVIII-XX*. Instituto para la Conservación de la Naturaleza. Madrid.
- VALVERDE, J.A. (1960): "Vertebrados de Las Marismas del Guadalquivir. Introducción a su estudio ecológico". *Rev. Archivos de Instituto de Aclimatación*. Vol. IX, pp. 147-155. Almería. C.S.I.C.
- VV. AA. (1977): *Guadalquivires*. Ed. Confederación Hidrográfica del Guadalquivir. Sevilla.